



JESÚS MARÍA RANGEL: EL BRAZO ARMADO DEL MAGONISMO FRONTERIZO

José C. Valadés

© José C. Valadés

Marzo 2010

Esta es una publicación del Partido de la Revolución Democrática (PRD) del Distrito Federal y la Brigada Cultural "Para Leer en Libertad"

brigadaparaleerenlibertad@gmail.com

Cuidado de la edición: Santiago I. Flores y Alicia Rodríguez

Diseño de libro: Daniela Campero

Ricardo Flores Magón no se limitó a predicar la rebelión en México: invitó a ella formalmente al pueblo, expidiendo un manifiesto el 1º de julio de 1906.

Con una actividad asombrosa y con toda la fogosidad de un espíritu arrebatador, Flores Magón nombró delegados especiales en todo el país, al que dividió en varias zonas militares; buscó y encontró conjurados; constituyó los principales centros que habían de distribuir las armas, de nombrar los jefes de guerrilla y de caer a un mismo tiempo sobre los cuarteles, levantando barricadas en un momento necesario; formó grandes listas de futuros soldados de la revolución.

A mediados de 1906 la república se encontraba dividida en seis zonas militares y en cuarenta y cinco centros subversivos. Cada centro se comprometió a comprar sus propias armas y el parque necesario.

El país estaba a punto de arder. Unos cuantos meses de labor infatigable de Ricardo Flores Magón y de los miembros de la junta Directiva del Partido Liberal Mexicano, que residía en Los Ángeles, y de la que formaban parte Villarreal, Rivera, Sarabia, Antonio de P. Araujo y Anselmo Figueroa, parecía haber conquistado a miles de hombres dispuestos a la lucha armada contra el gobierno del general Díaz.

Cuarenta y cinco centros en los cuales día y noche se reunían secretamente cientos

Jesús María Rangel

de conspiradores, habían sido establecidos en la república; especialmente en los estados de Chihuahua, Durango, Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Zacatecas, San Luis Potosí, Sinaloa, Sonora y Nayarit.

“Cada lector de Regeneración debe ser un soldado de la revolución, cada miembro del Partido Liberal Mexicano debe ser un agente de armas y parque; el día de exterminar al tirano ha llegado, pueblo ¡a las armas!”, escribía Flores Magón.

Considerando que había realmente llegado el momento de la rebelión, la junta del Partido Liberal Mexicano señaló el día 22 de septiembre de 1906 para que los grupos de conspiradores se lanzaran a la conquista del país.

Pero mientras Flores Magón trabajaba incansablemente desde Los Ángeles, alentando a sus amigos en México, el gobierno del general Díaz daba los primeros pasos para hacer fracasar a la proyectada revolución, inmediatamente que fue descubierto en la ciudad de Chihuahua el primer grupo de conspiradores.

La vigilancia a lo largo de la frontera de los Estados Unidos fue redoblada; todos los cuerpos rurales fueron movilizadas a los lugares en donde los conspiradores trabajaban con mayor empeño; el gobierno de Washington ordenó la prohibición de venta de armas y parque en los estados del sur.

Como jefe de la tercera zona de la república comprendida por los estados de Coahuila, Nuevo

José C. Valadés

León y Tamaulipas, fue nombrado Jesús M. Rangel. Fuerte de cuerpo, de carácter enérgico, de espíritu convencido, Rangel, inmediatamente que recibió el nombramiento, se acercó a la frontera con el objeto de tomar los primeros dispositivos a fin de organizar la expedición armada en México.

Jesús Rangel, ayudado por Simón Rodríguez y Casimiro Regalado, realizó una gira por la hacienda “Porfirio Díaz”, las congregaciones Haba, Chihuahua, Peñitas, y por los pueblos de Hidalgo, Texas, Reynosa y San Ignacio, México.

El prefecto político de San Ignacio simpatizó con el movimiento y ofreció al jefe revolucionario toda su ayuda.

—Sí, señor Rangel, estoy dispuesto a combatir y creo que debemos formar dos compañías de veteranos de la gente del general Cortina y de Catarino Garza —dijo el prefecto de San Ignacio al jefe de la Tercera Zona.

El jefe revolucionario continuó abiertamente sus actividades a lo largo de la frontera de Texas, hasta celebrar una conferencia con los que habían de encabezar las guerrillas cerca de la ribera del Río Bravo.

Terminados los preparativos, Rangel cruzó la frontera y se dirigió a Sanfordice, Texas, en compañía de Simón Rodríguez y Casimiro Regalado. En esta población habían de esperar el momento de regresar a México para iniciar el movimiento.

Jesús María Rangel

Pero horas antes de salir para territorio nacional, Rangel y Rodríguez fueron aprehendidos por las autoridades norteamericanas, logrando escapar Regalado.

Amarrados y perfectamente custodiados, los aprehendidos fueron conducidos a Río Grande City y entregados a la Oficina de Migración.

Frente a Río Grande City, y en el lado mexicano, doce rurales a las órdenes del cónsul mexicano Candelario Flores, esperaban que los aprehendidos fueran deportados de los Estados Unidos.

Rangel y sus acompañantes fueron acusados por las autoridades de migración, de llevar a cabo “incursiones sospechosas” en el estado de Texas, siendo declarados presos.

Cuando Rangel fue declarado preso, el cónsul Flores pidió permiso para hablar con el detenido, y llevándolo a un lugar aparte le dijo en voz baja:

—Señor Rangel, es inconcebible que usted pretenda hacer una revolución en México...

—¿Por qué?

—El gobierno es muy fuerte; el general Díaz es querido por el pueblo; tenemos soldados y cañones, disciplina y poder, y lo que usted pretende hacer es sencillamente una locura.

—Señor, yo sé lo que hago y no quiero tener controversias con usted.

—Señor Rangel, usted obra bajo la influencia del Partido Liberal Mexicano y el gobierno tiene en su poder a todos los complotistas.

José C. Valadés

—No importa, yo he cumplido con mi deber.

—Siento que lo vaya a castigar el gobierno americano por atacar las leyes de neutralidad.

—Lo que siento es que el gobierno de Estados Unidos esté también a las órdenes del viejo tirano, señor cónsul, si usted es hombre digno, debería estar en nuestras filas. El pueblo mexicano está cansado de tantos años de régimen oprobioso y lucharemos sin descanso hasta derrumbar al dictador del Castillo de Chapultepec.

—Señor Rangel, sus esperanzas son vanas; el gobierno no caerá.

—El gobierno caerá antes de cinco años, porque el pueblo luchará por su libertad.

—¡Qué esperanzas! ¡Qué esperanzas! —terminó diciendo el cónsul mexicano, riendo.

Y mientras Rangel era aprehendido en Texas, otros muchos conspiradores eran detenidos en el estado de Coahuila; entre ellos Amado Gutiérrez, periodista y jefe de una guerrilla.

Sólo un grupo de conspiradores, a las órdenes de Juan José Arredondo, logró cruzar la frontera seguido de treinta hombres, y caminando rápidamente, cayó como rayo sobre Jiménez, Coahuila.

En Jiménez, Coahuila se había, pues, desarrollado el primer combate que precedió a los cientos de batallas registradas en México en los últimos veinte años, y en Jiménez cayó también el primer revolucionario: un joven apellidado Almaraz.

Jesús María Rangel

También en Ciudad Juárez, Chihuahua, eran aprehendidos varios conspiradores, contándose entre ellos Juan Sarabia, miembro de la junta del Partido Liberal Mexicano.

La aprehensión de los jefes del movimiento revolucionario tanto en México como en los Estados Unidos, causó enorme amargura e inmenso desaliento entre los hombres que habían estado dispuestos a emprender la lucha armada. Sólo Flores Magón y los miembros de la junta parecían llenos de optimismo.

Caídos los primeros, la junta del Partido Liberal lanzó un manifiesto, urgiendo a la batalla y prometiendo el triunfo de la Revolución Mexicana. Y este manifiesto atrajo mayores simpatías a la revolución. Pasado el primer momento de confusión, de fracaso y de pánico, nuevos hombres se alistaron bajo la bandera de Flores Magón.

Temiendo que la nueva conspiración fuera igualmente descubierta, Flores Magón envió a sus amigos una clave, con la cual habían de entenderse en lo sucesivo.

Rangel continuó sosteniendo correspondencia con la junta del Partido Liberal, pero cada carta que recibía y que escribía debía ser censurada por el cónsul Flores.

—¡Bah! y esto de que “papá está fuera de todo peligro”, ¿qué quiere decir? —preguntaba el cónsul, inquietamente, al leer una carta.

José C. Valadés

—La misma letra se lo dice a usted: se trata de asuntos meramente familiares.

El cónsul quedaba pensativo, y agregaba:

—Bien, y esto de tantas cajas de bastones marca 30 y otras tantas de dulces, ¿qué quiere decir?

—Mercancía, señor, mercancía y nada más; no se apure usted, ya sabe usted que soy comerciante y que esos encarguitos los hago por acuerdo de las sociedades de las que soy presidente: la México —Zaragoza y el Club Melchor Ocampo, de Waco, Texas, así es que déjese de preocupaciones.

El representante de las autoridades americanas, que escuchaba atentamente el diálogo, agregó:

—Pero todo esto es un misterio; hasta la firma de ese señor Arcuijo (seudónimo de Antonio de P. Araujo) se me hace sospechosa.

Tres meses después Rangel y Simón Rodríguez eran puestos en libertad, advertidos por las autoridades americanas de que serían estrechamente vigilados y castigados enérgicamente en caso de que pretendieran violar las leyes de neutralidad.

Rangel y Rodríguez salieron de la cárcel silenciosamente, pero a unos cuantos metros de distancia se encontraba Leonardo Flores, otro de los designados jefes de la guerrilla.

Los tres amigos se abrazaron.

—Amigos, ¡a continuar la guerra! —les dijo Rangel.

Jesús María Rangel

—¡A seguirla! —respondieron Rodríguez y Flores.

Y los tres amigos se alejaron de Río Grande City, con el objeto de cambiar impresiones sobre sus futuros planes.

Al ser descubierta la conspiración de 1906, el gobierno mexicano inició la persecución no sólo de los conspiradores que residían en el territorio nacional, sino en el territorio norteamericano.

Los miembros de la junta del Partido Liberal Mexicano, residentes en Los Ángeles, fueron acusados de haber pretendido atacar las leyes de neutralidad, y los hermanos Flores Magón fueron aprehendidos, al mismo tiempo que Regeneración era clausurado. Pero suspendido Regeneración, los revolucionarios refugiados en los Estados Unidos hicieron aparecer El Progreso, en San Antonio, Texas, y El Rebelde, en Oklahoma.

Desde la cárcel, Ricardo Flores Magón, burlando la vigilancia de las autoridades, continuaba escribiendo en los periódicos revolucionarios. Alentaba al pueblo y ofrecía continuar la lucha inmediatamente después de conquistada su libertad.

En apoyo de Flores Magón, aparecieron los liberales y socialistas americanos, quienes realizaron una campaña en todo el país, hasta lograr la libertad de los detenidos.

Mientras que Jesús M. Rangel se encontró preso, la junta del Partido Liberal encargó la Tercera Zona rebelde en México al coronel Díaz Guerra. El coronel Díaz Guerra era un viejo militar mexicano,

José C. Valadés

quien se había afiliado a los grupos revolucionarios desde los primeros días.

El sur del estado de Texas se había convertido en el más vasto campo para los conspiradores mexicanos. Cada pueblo era una sucursal del Partido Liberal. Los emigrantes mexicanos eran decididos partidarios de la revolución. Los miles de trabajadores que habían salido de México, buscando el mejoramiento de sus condiciones económicas, habían creído encontrar su salvación para regresar al país cuando un nuevo régimen fuera establecido.

Pasados los primeros momentos de sorpresa y de pánico, después del fracaso del levantamiento del 22 de septiembre de 1906, los revolucionarios empezaron nuevamente a almacenar armas y parque. Para ser miembro del Partido Liberal era necesario poseer un arma y un poco de parque, además de la entereza necesaria para marchar a hacer frente a las balas del enemigo.

El coronel Díaz Guerra recorría día y noche la frontera, buscando siempre partidarios y pretendiendo organizar militarmente a los nuevos grupos.

Inmediatamente que Rangel salió de la cárcel de Río Grande City, se puso en comunicación con Aarón López Manzano, jefe de los conspiradores de Monterrey, pretendiendo pasar a México 25 mil rifles 30-30 y diez millones de cartuchos.

Una fábrica de armas de los Estados Unidos se había comprometido a facilitar este armamento

Jesús María Rangel

a los revolucionarios, cuyo valor sería cubierto al triunfo de la revolución. Pero las esperanzas de conseguir este cargamento de armas y parque fueron perdidas cuando las autoridades descubrieron la labor de López Manzano, quien inmediatamente fue aprehendido en Monterrey. Sin embargo, Rangel logró obtener varios cientos de carabinas y las depositó en una cueva cerca de la margen del Río Bravo.

La junta del Partido Liberal anunció que una nueva fecha para que estallara la revolución en México había sido dada, pero que ésta sería comunicada directamente a los jefes de zona por los delegados especiales. Corrían los primeros días del mes de abril de 1908, cuando Antonio de P. Araujo llegó hasta el lugar desde el cual Rangel continuaba la conspiración.

—Compañero, ha llegado el momento de que realicemos nuestros sueños —dijo Araujo a Rangel.

—Estamos listos, compañero.

—Compañero, la junta del Partido Liberal quería esperar unos cuantos meses hasta en tanto que todos nuestros hombres estuvieran perfectamente armados, pero no es posible esperar más. El viejo dictador está pendiente de todos nuestros pasos. Además, el pueblo está siendo horriblemente martirizado. Ya sabe usted lo que pasó en Cananea y en Río Blanco, ya conoce usted la situación de los obreros del Ferrocarril Central, quienes perderán la huelga que han empeñado con toda la virilidad.

José C. Valadés

La república se encuentra encendida moralmente y es necesario que aprovechemos este momento para insurreccionar al pueblo, cuyos derechos están siendo cada vez más ultrajados.

—Estamos listos, compañero.

—Bien, y ¿de qué elementos dispone usted?

—Tengo carabinas y tengo parque, todo oculto cerca del Río Bravo; tengo hombres que me seguirán...

—Esto es suficiente —agregó Araujo.

—Cuando todos los grupos pasen, aunque no estén formados por más de dos mil hombres, se encontrarán con que el pueblo los recibe con los brazos abiertos. Compañero, hemos de ser nosotros, los liberales, los que festejemos el Centenario en la capital de la república.

—¡Prometo que al frente de mis valientes compañeros llegaré al Alcázar de Chapultepec!

—respondió Rangel.

—¡A Chapultepec, compañero! —gritó entusiasmado Araujo y agregó:

—El 25 de junio es la fecha señalada por la junta para que todos los grupos pasen la frontera. Ha sido elegido este día para conmemorar el aniversario de los Mártires de Veracruz.

—Para ese día estaremos en México —repuso Rangel.

—Estaré también con ustedes, porque quiero asistir a la primera jornada, que será gloriosa en la historia de la revolución libertadora.

Jesús María Rangel

Horas después de que Rangel recibiera instrucciones, secretamente los jefes de guerrilla en el estado de Texas celebraban una sesión con el objeto de ultimar los planes para la campaña. Todos los asistentes a la reunión temblaban de emoción.

—¡A las armas! —gritaron todos al saber que el día 24 de junio cruzarían la línea divisoria.

II

Después del primer fracaso revolucionario en México, cuando la vasta conspiración dirigida por la junta del Partido Liberal Mexicano, residente en Los Ángeles, fue descubierta por el gobierno del general Porfirio Díaz, los revolucionarios, a lo largo de la frontera americana, prepararon cuidadosamente el segundo movimiento.

Estrechamente vigilados en el territorio americano, desde donde hacían todos los preparativos, los miembros del Partido Liberal marchaban de un punto a otro recogiendo las armas que eran donadas por los simpatizantes de la causa, reuniendo los cartuchos que era posible comprar con los raquíuticos fondos recaudados entre los emigrados mexicanos, entusiasmando a los futuros combatientes, dando ánimo a las esposas, a las madres y a los hijos que habían de quedar abandonados cuando los hombres cruzaran la frontera en busca de la victoria.

José C. Valadés

Los futuros combatientes, llenos de entusiasmo y como pequeños que desconocen el peligro, se habían alistado en las guerrillas cuidadosamente organizadas por los delegados del Partido Liberal.

Los planes para el movimiento revolucionario eran discutidos en las reuniones secretas de los conspiradores. Unas veces efectuadas en algún barrio solitario, otras en los campos y en los bosques. A la media noche o en plena luz del día, pero siempre evitando el encuentro con los agentes del gobierno porfirista que se movían activamente a lo largo de la frontera americana.

En las primeras semanas de junio de 1908, las márgenes del Río Bravo quedaban plantadas de carabinas y de cartuchos. Por acuerdo de los jefes de guerrilla, los pertrechos de guerra fueron repartidos en lugares solitarios y cercanos a los pueblos que deberían ser atacados simultáneamente y conforme a las instrucciones de la junta del Partido Liberal.

En las primeras semanas de junio, Jesús M. Rangel y el coronel Díaz Guerra advirtieron a los revolucionarios, tanto del lado mexicano como del americano, que la revolución había de empezar el día 25.

La noche del 24 fue noche de ansiedad. Unas cuantas horas más tarde, todos los conspiradores, con la carabina sobre el brazo, debían abrir fuego sobre el enemigo. ¡Cuántos habrían de quedar tirados en el campo para no levantarse más!

Del Río, Texas, fue el lugar señalado como punto de reunión. Los revolucionarios quedarían sólo a unos cuantos pasos del lugar que debían asaltar horas más tarde: Las Vacas.

Para evitar ser descubiertos en los momentos de reunirse para cruzar la frontera, los conspiradores resolvieron llevar a cabo un baile en la humilde casa de un conjurado en los suburbios de Del Río. Durante el baile, los conspiradores habrían de recibir las últimas órdenes. Cerca de la media noche y mientras varias parejas bailaban (entre las que se encontraban futuros soldados de la revolución, los jefes de guerrilla Díaz Guerra, Rangel, Benjamín Canales, Julián Hernández, Pedro Mireles, Victoriano López, Calixto Ramírez, Nestero López, Pedro Vara y Jesús Longoria), se tomaron las últimas disposiciones.

Minutos antes de las doce, los conspiradores empezaron a abandonar el baile y en grupos de tres y cuatro se dirigieron hacia la margen del río, donde otros les entregaban armas y parque.

Por vez primera, los soldados revolucionarios se cruzaban las carrilleras que habían de hacerse famosas durante veinte años de batallas. Rangel y Díaz Guerra salieron silenciosamente.

—Compañero, de la música de viento vamos a la música de las balas... —dijo Díaz Guerra a Rangel.

—Sí, compañero, siquiera hemos salido con música. Así recordaremos más estos instantes...

—respondió Rangel.

La pareja de jefes se dirigió a la casa de Froilán Guerra, otro de los conjurados, quien ya estaba listo para la marcha.

—¡En marcha, amigos! —dijo Guerra, quien se acababa de despedir de su familia, al mismo tiempo que sonriente mostraba un morral lleno de cartuchos.

El trío continuó la marcha silenciosamente hacia la margen del río y al pasar por un jacal Rangel gritó:

—¡Ya!

—¡Ya! —respondió un individuo, quien apareció en la puerta del jacal seguido de una mujer y de tres niños. La mujer y los niños lloraban abrazando tiernamente al hombre.

—¡No te vayas, papá, no te vayas! —decían.

—¡Ya! —gritó nuevamente Rangel.

—¡Ya! —respondió Pedro Enríquez, deshaciéndose de los brazos de su esposa.

Los cuatro revolucionarios siguieron caminando entre las sombras de la noche, cuando fueron alcanzados por un coche.

—¡Ya! —gritó el ocupante del vehículo.

—¡Ya! —respondió Rangel.

—¿Es usted, Rangel? Yo soy Canales. —Y agregó: Súbase, que llegaremos más pronto y los compañeros nos alcanzarán. Rangel trepó al coche.

—Compañero Rangel, qué noche tan hermosa, ¿eh? —dijo Benjamín Canales.

—Sí, Benjamín, así la queremos.

Jesús María Rangel

—¡Bravo! ¡Conque vamos a abonar tierra! ¿eh?

—Sí, pero debemos tener presente que el estiércol para el abono lo tenemos que sacar de las barrigas de los parásitos y de los “juanes” que los defienden...

—Tiene razón, Rangel, y cuánto siento no haberlo conocido antes.

—Lo siento yo también, Benjamín.

—Tenía tantos deseos de conocer a usted y a Praxedis Guerrero. ¿Lo conoce usted? Acabo de hablar con él. ¡Qué hombre, compañero! No sólo predica la insurrección, sino también nuevas ideas humanas. Nos ha hablado largamente hace dos días. Inspira tanta confianza a todos. Con estos hombres y con esas ideas, compañero Rangel, llegaremos al triunfo. Vale la pena abandonar el hogar y exponer la vida...

—Tienes razón, Benjamín, debemos de sentirnos satisfechos de tener a la cabeza de nuestro partido a hombres como Flores Magón, como Antonio Villarreal, así como Librado Rivera, como Figueroa y como Guerrero.

—Bien, compañero, parece que hemos llegado a nuestro destino.

—Benjamín, un abrazo, y piense en el triunfo. Rangel y Canales bajaron del coche y se abrazaron silenciosamente. Varios hombres esbozados se acercaron a Rangel.

—¡Ya! —dijo uno de ellos.

José C. Valadés

—¡Ya! —, respondió Rangel.

—Todo está listo compañero —intervino otro.

—¿Está el coronel? —preguntó Rangel.

—Sí, está disponiendo el paso del río.

Lloviznaba, mientras los revolucionarios se cruzaban las cananas al pecho, poniéndose en fila para pasar el río y entrar a territorio mexicano.

—Compañero Rangel, ¿está usted por ahí? —interrogó Díaz Guerra.

—Sí, coronel.

—Ya está todo listo. He distribuido trescientos cartuchos por plaza; he enviado una avanzada que hará una exploración hasta media milla de distancia de aquí; nuestros guías están ya en México; le suplico que tenga mucho cuidado; que nuestros compañeros no fumen ni griten; todo en secreto. ¿Si viera usted que tengo miedo que tengamos algún espía que dé a conocer a los federales nuestras intenciones y que nos haga frustrar nuestros planes de ataque?

—No tenga cuidado, coronel, sus órdenes serán cumplidas.

—No, compañero, estoy seguro en la victoria, pero no quiero derramamiento inútil de sangre. He pasado revista y contamos con tres escasas compañías. Nuestro enemigo está perfectamente afortunado en el cuartel de Las Vacas y está formado por las fuerzas más aguerridas del porfirismo.

—No sería honroso, coronel, que pelearan los muchos contra los pocos, pero sí los pocos contra los muchos.

Jesús María Rangel

—¡Bravo, compañero! ¡Y más cuando nos asiste la razón!

Media hora después, los revolucionarios se encontraban en territorio mexicano. Díaz Guerra ordenó que fueran formadas dos columnas que sabían avanzar a paso veloz, hasta quedar a una distancia de seiscientos metros de la parte norte del cuartel de Las Vacas. Los hombres se alistaron. Las palancas de los 30-30 empezaron a funcionar; los más entusiastas pidieron marchar al frente. Un muchacho de no más de catorce años se acercó a Díaz Guerra. Le dijo:

—Coronel: déjeme ir adelante de todos, mi hermano fue asesinado hace unos cuantos días por el mayor Pérez, déjeme vengarlo; él era liberal y me dijo que quería que yo también peleara. ¿Me deja usted?

—Anda muchacho, anda si te sientes hombre; porque ya sabes que la guerra se hace con los hombres...

—Pues ya le probaré que soy hombre —agregó el muchacho cargando su 30-30.

Las columnas se iban a poner en marcha, Rangel las detuvo y dijo en voz alta:

—Compañeros, recuerden que dar la espalda es contra nuestro honor y contra los principios de nuestro partido.

Los hombres, a paso veloz, avanzaron hacia la muerte. La avanzada de la izquierda dio la palabra de “Enemigo al frente”.

José C. Valadés

Fue un golpe, los hombres se detuvieron, siguió un silencio. Díaz Guerra saltó y con energía dio un grito estentóreo:

—Capitanes, a sus sargentos; flanco izquierdo, derecho y centro; a sus secciones; alzas a 500 metros en tiradores... ¡Corten cartucho! ¡Sobre el enemigo! Con rapidez las órdenes de Díaz Guerra fueron ejecutadas. Habían sido las primeras órdenes militares dadas en la Revolución Mexicana.

Los clarines federales respondieron: ¡Enemigo al frente! ¡Fuego!

Empezaba la batalla.

El coronel Díaz Guerra gritó todavía con más fuerzas:

—¡Muera la tiranía porfiriana! ¡Viva el Partido Liberal! ¡Viva el pueblo soberano!

Y los tres vivas fueron respondidos por los revolucionarios con el grito enérgico de quien va al combate por un principio.

Díaz Guerra se puso al frente del ala izquierda. El ala derecha quedó a las órdenes del jefe de guerrilla Guzmán. El centro fue encargado a Jesús M. Rangel, a quien seguían Lázaro Alanís, Julián Álvarez, Benito Solís, Rafael Barrera, Victoriano López y cuatro compañeros más.

El combate se generalizó en menos de cinco minutos. Los federales habían ocupado los lugares más estratégicos. En el centro del pueblo se combatía en cada calle, en cada esquina, en el cuartel.

Jesús María Rangel

En el costado norte del cuartel y dentro de un jacal, Rangel y Lázaro Alanís disparaban contra los federales, pero al ser descubiertos por el jefe del 12 regimiento de caballería, Mayor Pérez, éste, seguido de cinco oficiales, dando una gran prueba de valor, salió del edificio gritando:

—Ora, ora, muchachos, ¡adentro con esos del jacal!

Los oficiales avanzaron atacando el jacal por los dos flancos.

El Mayor Pérez llegó audazmente hasta treinta metros, pero en esos momentos, lanzando un quejido se dejó caer. Había sido herido mortalmente. Los oficiales corrieron a levantar a su jefe. Precipitados regresaron al interior del cuartel.

Mientras tanto, el coronel Díaz Guerra, al frente de una compañía de rebeldes, sostenía un terrible tiroteo con más de cincuenta federales, que habían quedado cortados y que al fin, precipitadamente, cruzaron el río, internándose a los Estados Unidos.

Díaz Guerra había obtenido ya un triunfo, cuando al regresar al centro del pueblo fue atacado a boca de jarro desde un jacal. Una mujer, armada con un máuser, disparaba carga tras carga sobre los revolucionarios. Más de diez minutos sostuvo su posición la valiente mujer, amante de uno de los oficiales federales, hasta que al fin se rindió.

Hacia el sureste del cuartel, los revolucionarios sufrían una gran pérdida, cuando Benjamín Canales,

José C. Valadés

después de combatir por más de media hora al frente de una guerrilla, caía herido de muerte.

En el lado sur del cuartel, Pedro Vara, seguido de tres hombres, había llegado a rastras hasta cuarenta metros del edificio, haciendo grandes daños a los federales.

En esos momentos, el clarín de órdenes de Díaz Guerra tocó “alto el fuego”.

—Compañero, todo está terminado. No sería posible seguir combatiendo contra los que se encuentran encerrados en el cuartel; tengo conocimiento de que se acerca a la población gente armada y quizás sean federales; que los muchachos recojan el botín y vamos a marchar, ya tenemos suficiente para continuar la lucha.

Díaz Guerra dio las últimas órdenes y marchó, diciendo a Rangel:

—Sígame.

Rangel montó a caballo y salió del lugar donde se encontraba Alanís; pero apenas había caminado unos cuantos metros, cuando se escuchó una descarga cerrada. Rangel cayó herido. Rápidamente montó en otro caballo y continuó la marcha para unirse a Díaz Guerra.

Amanecía cuando los rebeldes se retiraban de Las Vacas, lanzando vítores y tocando dianas. Los federales, encerrados en el cuartel, no pretendieron perseguirlos. Ambos creían en la victoria.

Cuando Rangel se unió a Díaz Guerra en las afueras del poblado, éste reprendía duramente a

Jesús María Rangel

uno de los hombres montados, cuya actitud había parecido sospechosa.

—¿Por qué llegó usted tan tarde, Longoria?

—Coronel: yo recibí instrucciones de la junta del Partido Liberal para que cruzara el río a ocho kilómetros al sureste de aquí, y que con mi guerrilla viniera a apoyar el movimiento de usted con mis quince hombres —respondió Jesús Longoria.

—¿A qué hora le dijeron que estuviera en el pueblo?

—A las cinco y media.

—Pues, compañero, ha llegado tarde; y no solamente eso, sino que también ha hecho que nos retiráramos. ¡Nos faltó usted! Algunos compañeros murieron pensando que usted había faltado a su compromiso con el partido.

—Coronel, dígame usted qué hacer para borrar mi falta, si es que la tengo.

—Nada por ahora, Longoria, nos hemos retirado, conformándonos por el momento con el botín.

Durante tres horas se había combatido con todo valor y audacia. Los revolucionarios, llenos de tierra y de sangre, se retiraban. A unos cuantos metros de distancia, los federales observaban sus movimientos, sin tomar resolución alguna.

Una y otra parte parecían aturdidas. Había sido el primer combate. Los revolucionarios, sin embargo, parecían satisfechos. Pensaban en los que

José C. Valadés

habían caído y también en lo que llevaban: armas, parque y caballada quitada al enemigo.

Díaz Guerra se volvió a Rangel y viéndolo cubierto de sangre, le dijo:

—Compañero, parece que está usted herido.

—Así parece, coronel.

—Bien, pues a todos nos ha tocado, pongámonos en marcha y a lavar nuestras heridas, ya tenemos confites para continuar la lucha y la continuaremos en guerrillas, como lo ordena la junta del Partido Liberal Mexicano.

Los revolucionarios llevaban sobre sus cabalgaduras a sus muertos, todos caminaban silenciosamente. El día había aclarado, nadie volvía la vista hacia los muertos. Un hilo de sangre iba quedando en el camino, marcando el paso de los primeros hombres que pensaron que el cambio de un régimen político en México daría bienestar al pueblo.

Después de caminar cerca de seis horas, la columna revolucionaria hizo alto. Díaz Guerra ordenó que se pasara revista, y luego, mirando a los cadáveres de los compañeros caídos, que habían sido tendidos en fila con la cara al sol, dijo con energía mezclada con amargura:

—Treinta bajas. ¡Benditas bajas!

Pero luego, reponiéndose, agregó:

—¡Cayeron por redimir al pueblo mexicano! Compañeros: ¡Adelante! los heridos a vendarse, los

buenos y sanos a sepultar a nuestros compañeros; todos listos pronto para nuestros nuevos planes.

La revolución proseguía, y proseguiría por veinte años...

III

Cuando los hombres que habían muerto en el combate de Las Vacas recibieron sepultura, y cuando los heridos fueron vendados, el coronel Díaz Guerra dio una nueva orden de marcha.

La columna, reducida a menos de cincuenta hombres, caminaba penosamente a lo largo de la margen del Río Bravo.

Díaz Guerra ordenó un nuevo alto y dirigiéndose a todos sus acompañantes, les dijo:

—Compañeros: Vamos a llegar al rancho de los Madero, ahí se quedará Rangel y los que no se sientan con fuerzas para continuar el camino. El mayordomo del rancho es miembro del Partido Liberal y él les dará atenciones.

Después, ya en el rancho, llamando a Rangel a su lado, le dijo:

—Rangel, usted se queda aquí, se atiende lo mejor posible, cruza luego la frontera y espera las órdenes que le envíe la junta del Partido Liberal, a la que ya he enviado un propio dando cuenta de los hechos ocurridos en Las Vacas.

Ya en el rancho, el coronel Díaz Guerra llamó al mayordomo, un individuo apellidado Zamora, y le dijo:

—Compañero, dejo bajo su cuidado a Jesús Rangel. Usted será responsable de lo que le suceda, recuerde que debe cumplir como miembro del Partido Liberal.

Con un gesto se despidieron los hombres que unidos habían cruzado la frontera para atacar Las Vacas y que se despedían cubiertos de sangre, pero llenos de esperanzas.

La expedición había terminado después del combate de Las Vacas. Una semana bastó para que todos los miembros de la columna expedicionaria regresaran a los Estados Unidos, cuando se vieron faltos de parque y de dinero, y mientras que el gobierno federal enviaba en su persecución varios cientos de hombres que recorrían paso a paso todo el territorio donde había informes de que habían operado los insurgentes.

Durante un mes permaneció Jesús M. Rangel en un punto cercano al rancho de los Madero, desde donde le llevaban diariamente alimentos y vendajes para las heridas.

Un cuerpo de rurales había vigilado estrechamente a los moradores del lugar. Los rurales habían sido advertidos de que Rangel se encontraba oculto en algún punto cercano y que algunas noches había llegado a platicar hasta los jacales del rancho.

Desesperado por no descubrir el paradero de Rangel, el jefe de los rurales, acompañado de varios hombres, esperó un día a un pastorcito que diariamente era visto que llevaba una canasta con alimentos.

Jesús María Rangel

—Oye muchacho, ¿a quién le llevas de comer?

—A mi Tata, señor —respondió el muchacho.

—A tu Tata, y ¿dónde está su Tata?

—Trabaja en una labor.

—Llévame a donde está.

Y como el pastorcito se rehusara, el jefe de los rurales ordenó que fuera pasado por las armas. El jovencito con toda resignación esperó el final de su suerte.

Ya ante el cuadro, el jefe de los rurales insistió:

—Dime dónde está el bandido Rangel.

—No sé.

Viendo que el pastorcito se negaba a responder a pesar de la amenaza de fusilamiento, el jefe de los rurales lo cintareó hasta dejarlo cubierto de sangre. El muchacho se quejaba amargamente.

Rangel había podido ver la escena desde el lugar de su escondite, y temiendo que las represalias siguieran con otros habitantes del rancho, optó por pasar el río e internarse en los Estados Unidos.

Dos horas después, y mientras llovía torrencialmente, cruzaba el Río Grande, refugiándose en territorio americano.

Jesús Rangel llegó a la casa de un amigo en Del Río, Texas. No habían pasado dos horas todavía, cuando fue advertido de que era buscado por las autoridades americanas, que lo acusaban de haber violado las leyes de neutralidad.

José C. Valadés

Rápidamente salió Rangel hacia la Congregación de Puerto Rico, donde fue recibido cordialmente por Patricio Guerra, David Hernández y otros miembros del Partido Liberal, cuya misión era proteger a todos los rebeldes.

Pocos días después, Rangel recibió un nuevo aviso de la junta del Partido Liberal: El 10 de agosto se había de intentar un nuevo levantamiento general en México, y todos los preparativos a lo largo de la frontera deberían ser hechos a efecto de que nuevas partidas cruzaran la línea.

Dispuestos a organizar un nuevo grupo y con el objeto de poder moverse con mayor libertad, Rangel se dirigió a un punto llamado El Pinto, donde fue albergado en la casa de J. Almaraz, padre del primer hombre que murió en la Revolución Mexicana, cuando un grupo de liberales atacó la plaza de Jiménez, Coahuila, en 1906.

Almaraz y su esposa vivían en el más completo retiro, guardando la memoria de su joven hijo muerto en Jiménez, y auxiliando a los miembros del Partido Liberal, que incansablemente preparaban una nueva insurrección en México.

Cuando los preparativos para una nueva expedición estaban listos, Ricardo Flores Magón envió órdenes a todos los miembros del Partido Liberal para que aplazaran el movimiento.

Jesús Rangel recibió instrucciones de trasladarse violentamente al estado de Oklahoma, donde miles de mexicanos partidarios que trabajaban en las

minas, habían solicitado un activo propagandista con el objeto de reunir fondos, armas y parque.

Una gran cantidad de policías americanos y mexicanos vigilaban todos los pueblos a lo largo de la frontera de Texas y México. Los policías perseguían sin descanso a todos los hombres identificados como miembros del Partido Liberal; vigilaban a todos los simpatizadores del movimiento revolucionario; tenían en su poder datos para identificar a cualesquiera de los que incansablemente reunían armas y parque y formaban grupos de futuros combatientes.

La policía constituía un enorme cordón que iba de El Paso a San Antonio, y de San Antonio hasta Brownsville. Este enorme cordón tenía que ser burlado por Rangel para poder cumplir con su nueva comisión en el estado de Oklahoma.

Disfrazado unas veces de viejo, otras de limosnero, o de obrero, o de acaudalado, Rangel pudo evadir la vigilancia de la policía y llegar hasta Wilburton, Oklahoma, donde se encontró con el coronel Díaz Guerra, quien había buscado refugio en el pequeño pueblo minero, y donde se curaba las heridas recibidas en el combate de Las Vacas.

Unos cuantos días después, Díaz Guerra y Rangel salían de Wilburton y se dirigían a los minerales de Bown Gowan, Colgate y Lehigh, donde encontraron nuevos adeptos a la causa, los que inmediatamente quedaban inscritos y comprometidos para formar parte de los grupos

armados que habían de lanzar hasta la frontera para entrar combatiendo a México hasta derrocar al gobierno del general Díaz.

Los dos hombres que habían combatido en Las Vacas, se volvieron a separar en Wilburton; Rangel para marchar a McAlester, donde era esperado por cientos de mineros mexicanos, y Díaz Guerra para permanecer en el pueblo con el objeto de seguir conspirando.

Hacia pocas horas que los dos amigos se habían despedido, cuando Díaz Guerra fue aprehendido en compañía de Juan Castro, siendo conducidos por la policía americana a Muskogee, acusados de violar las leyes de neutralidad.

Continuó Rangel durante varios días la gira por el estado de Oklahoma, hasta que fue invitado para que pasara a San Antonio, Texas, con el objeto de celebrar una entrevista con Andrea Villarreal, la mujer a quien la prensa americana de aquel entonces llamaba la Juana de Arco Mexicana.

Después de celebrar la conferencia con la señorita Villarreal continuó Rangel hasta El Paso, donde había de ultimar los arreglos para una nueva expedición, con el delegado del Partido Liberal Praxedis G. Guerrero.

Era Praxedis Guerrero, al lado de Ricardo Flores Magón, de Antonio I. Villarreal y de Manuel Sarabia, uno de los hombres más notables del Partido, cuya directiva residía en Los Ángeles. Hijo de una acomodada familia de León, Guanajuato, Praxedis

Jesús María Rangel

Guerrero se había convertido en una de las figuras más atrayentes de los conspiradores mexicanos que residían en los Estados Unidos.

Alto, delgado, moreno, de 24 años de edad, orador elocuente y escritor lapidario, Guerrero se había hecho notable no sólo por sus actividades revolucionarias sin igual, sino también debido a sus ideas: era anarquista. Praxedis Guerrero creía en una nueva sociedad sin leyes y gobernantes, y donde los seres humanos disfrutarán del más grande bienestar. Había luchado incansablemente desde los veinte años: había asistido a la huelga de los empleados del Ferrocarril Central, repartido propaganda socialista durante las terribles huelgas de los mineros de Arizona; había hecho aparecer periódicos en Los Ángeles, San Antonio y El Paso; había llevado armas a la frontera; había organizado grupos de combatientes.

Perseguido día y noche por los policías de la Agencia americana Furlong, encargada de vigilar a todos los magonistas, vivía una vida de aventura y de misterio, desapareciendo de un pueblo para aparecer en otro.

Cuando Rangel llegó a El Paso, se dirigió a la casa de Lauro Aguirre, quien le dio la dirección del lugar donde se encontraba Guerrero.

—Da usted dos toques largos y dos cortos en la puerta del cuarto de Guerrero —advirtió Aguirre a Rangel.

José C. Valadés

Pocos minutos después, Rangel llamaba a la puerta de la residencia.

—Adelante —gritó Guerrero desde el interior del cuarto.

Guerrero escuchó serenamente a Rangel, quien le informó de todos los trabajos realizados en Texas y Oklahoma para preparar la nueva insurrección.

—Por mi parte, compañero Rangel, no tengo más que decirle que todos los preparativos están hechos para que entremos a México. El gobierno del general Díaz rodará, no le quede duda ¡Qué satisfacción sentiremos entonces por haber luchado!

El joven revolucionario, lleno de entusiasmo, agregó:

—Por supuesto, que no crea usted que la revolución va a parar con la caída de Díaz. Mire usted: seguirá por muchos años; habrá que luchar mucho; el pueblo despertará y se llenará de ambiciones. Por nuestra parte, tendremos que asistir a muchas batallas para poder vencer a los ambiciosos que se colocarán en nuestras filas. Además, compañero, necesitamos que esta revolución sea social; si el pueblo mexicano no siente los beneficios inmediatos de este movimiento, caerá en poder de cualquier caudillo, quien tratará de establecer una nueva dictadura.

Después, Guerrero dio a conocer a Rangel los planes del Partido Liberal: la revolución estallaría en los primeros días de 1909; los revolucionarios

Jesús María Rangel

organizarían pequeños grupos en todo el país, atacando las plazas sin importancia, sin buscar victorias y sí, solamente, para obtener armas y pertrechos. Después avanzarían sobre las ciudades y más tarde sobre la capital.

—Compañero Rangel, lo único que le recomiendo es que trabaje con todo género de precauciones; la policía sigue todos nuestros pasos y no es justo que nuestros planes vayan a ser trastornados por un descuido.

Guerrero enseñó a Rangel todos los disfraces de que disponía, y con los cuales podía evadir la persecución de la policía de los Estados Unidos.

El delegado del Partido Liberal invitó a Rangel a una conferencia con otros miembros del partido en la casa de Prisciliano Silva, el hombre que dos años más tarde estuvo a punto de aprehender a Francisco I. Madero.

Prisciliano Silva acababa de salir de la penitenciaría de Leavenworth, donde estuvo dos años, acusado por el gobierno americano de haber violado las leyes de neutralidad.

Con todo género de precauciones, Guerrero y Rangel llegaron a casa de Silva, donde otros liberales se encontraban reunidos.

El joven revolucionario dio a conocer a sus amigos los planes del Partido Liberal y, dirigiéndose a Rangel, le dijo:

—Compañero: queremos que usted se haga cargo de la frontera de aquí al sur; yo me haré

José C. Valadés

cargo de aquí al norte. Así que le suplico que inmediatamente marche a San Antonio, donde establecerá el centro de sus actividades y esté listo para que a nuestra primera palabra, entre a México a sangre y fuego.

—Así lo haré, compañero —respondió Rangel.

Y Rangel partía dos días después para San Antonio, donde habían de ser organizados los famosos rifleros que fueron los hombres que más ayuda prestaron a la Revolución de 1910.

IV

Fueron las ideas las que inspiraron todos los actos de los hombres que, animados por Ricardo Flores Magón y los miembros de la junta del Partido Liberal Mexicano, radicada en Los Ángeles, California, llevaron a cabo los primeros movimientos revolucionarios de 1906 a 1908.

Llenos de entusiasmo y de fe, sin medir los peligros, sin pensar en las derrotas, alentados vigorosamente por el sacrificio de los inspiradores del movimiento, los primeros soldados de la Revolución Mexicana discutieron ardientemente sobre las ideas antes de tomar el fusil.

Mientras que los grupos revolucionarios eran formados a lo largo de la frontera, dándose órdenes para que los futuros soldados se ejercitaran en el

Jesús María Rangel

tiro al blanco y secretamente tomaran instrucción militar, la junta del Partido Liberal Mexicano inició las primeras gestiones para obtener el apoyo del Partido Socialista de los Estados Unidos para la Revolución Mexicana.

Praxedis G. Guerrero fue comisionado por la junta del Partido para obtener el apoyo de los socialistas americanos. Guerrero realizó una gira por los Estados de Kansas, Missouri e Illinois. Habló con los principales líderes americanos, quienes ofrecieron todo el apoyo a la Revolución Mexicana.

Entre los líderes socialistas americanos que dieron su apoyo al Partido Liberal, se encontraba Haldemann Julius, editor de *Appeal to Reason*, quien besando a Guerrero en la frente le dijo: “Diga usted a los liberales mexicanos que los socialistas americanos les brindan su más decidido apoyo, hasta que realicen el programa de la junta de Los Ángeles”.

Después de haber entrevistado a los socialistas americanos, Guerrero regresó a San Antonio, donde celebró una larga conferencia con Jesús M. Rangel y con Andrea Villarreal, hermana de Antonio I. Villarreal, y una de las primeras figuras de la Revolución Mexicana.

En la conferencia, Rangel informó a Guerrero que los grupos armados habían quedado debidamente organizados y que sólo esperaban

José C. Valadés

órdenes de la junta para entrar a territorio mexicano.

Los grupos habían quedado organizados en el estado de Texas de la siguiente forma y a cargo de las siguientes personas: en Kerville, a cargo de Pablo Esparza; en San Ángel, Hilario y Jesús de Hoyos; en Colman, Victoriano López; en Goldwaite, Lázaro Alanís; en McGregor, Agustín Sierra y Pablo Navejar; en Rockdale, Julián Hernández; en La Coste, Aniceto Soto; en González, Jesús Ruiz; el teniente, coronel Catarino Garza quedó a cargo de los pequeños grupos extendidos a lo largo de la frontera desde el condado de Nieves hasta el de Valle del Río Grande.

El teniente coronel Catarino Garza era famoso a lo largo de la frontera, ya que era considerado como el primer hombre que había pretendido cruzar la línea para derrocar al general Díaz. Garza, de acuerdo con el general Ignacio Martínez, organizó la primera expedición contra la administración porfirista en 1891, habiendo sido descubierto y detenido por las autoridades americanas durante tres años, acusado de violar las leyes de neutralidad.

Al terminar la reunión, Guerrero dijo a Rangel:

—Vamos a dar una vuelta por la ciudad, así podremos platicar más.

Cuando salieron a la calle, el joven revolucionario tomó del brazo al jefe de los

Jesús María Rangel

insurgentes que había atacado a Las Vacas, en 1908, y le explicó:

—Mire, compañero Rangel, si nos hemos resuelto a lanzarnos a la lucha es porque tenemos las ideas muy bien metidas aquí, aquí en la cabeza. El hombre que piensa y siente las ideas, no teme a los sacrificios, va a ellos dispuesto a dar la vida. Usted verá que soy intransigente, que muchas veces discuto detalles, que aparezco terco y meticuloso, que soy inconforme con la organización disciplinada de los grupos rebeldes. Es que creo que una revolución popular debe ser espontánea, sin jefes. Si me dirijo a usted en esta forma es porque creo que ama verdaderamente la libertad.

El joven revolucionario se detuvo, y luego agregó:

—Compañero, yo no soy un simple enemigo político del general Díaz. Yo soy anarquista, no luché por odio a un gobierno, sino por amor a una humanidad libre.

La pareja se detuvo frente a una palaciega mansión. Guerrero añadió amargamente:

—La residencia del alcalde Gallagher, amigo mío... Fueron estas mansiones enormes contrastando con las chozas de nuestros peones, las que me hicieron pensar en una lucha por un mundo mejor. ¿Por qué esta diferencia entre el rico y el pobre? ¿No cree usted justo que la idea suprema de la Revolución Mexicana debe ser conquistar un bienestar para los que carecen de herencia?

José C. Valadés

Praxedis Guerrero, apretando fuertemente el brazo de Rangel, continuó la marcha poco a poco, explicando cómo y por qué deberían ser abolidos los privilegios, para terminar lleno de entusiasmo sobre los últimos instantes de la lucha en territorio americano y antes de empuñar las armas en México.

—Sí, compañero Rangel —terminó diciendo—, conforme avancemos en México, necesitamos ir realizando nuestros principios: reconquistar la tierra que fue arrebatada por los privilegiados, terminar con la era de los caudillos grandes y chicos, que si el pueblo mexicano ha sufrido es debido a que cada uno de sus miembros se ha sentido gobernante. Nuestra revolución debe enseñar la forma de libertar y no de gobernar.

Los dos insurgentes se despidieron. Guerrero para continuar a El Paso, donde habría de editar un periódico, y Rangel hacia la frontera, para dar un último vistazo a los grupos revolucionarios.

Unas cuantas horas después Rangel se encontraba haciendo los preparativos para el viaje, y estando en compañía de Tomás Sarabia, fue aprehendido por las autoridades americanas. El jefe rebelde fue rápidamente condenado a dos años de prisión en la penitenciaría federal de Leavenworth. Rangel llegó a la prisión federal de los Estados Unidos. Ahí encontró a los liberales Antonio de P. Araujo, Encarnación Díaz Guerra, Prisciliano Silva y C. Treviño.

Mientras tanto, en México iniciaba un nuevo movimiento, un movimiento político. Francisco I. Madero era el director.

Los miembros del Partido Liberal Mexicano, que se encontraban a lo largo de la frontera esperando el momento oportuno para cruzarla y emprender la revolución, fueron advertidos por la junta de Los Ángeles de mantener armonía con los maderistas.

“Aunque nuestro partido persigue fines distintos a los anunciados por Francisco I. Madero, la junta ha resuelto indicar a todos sus miembros la necesidad de cooperar con los maderistas para derrocar a la dictadura porfirista”, escribió Ricardo Flores Magón en *Regeneración*, a mediados del año 1910.

“Pero cuando la dictadura porfirista haya sido exterminada —agregaba Flores Magón—, liberales y maderistas se separarán para luchar independientemente por los ideales que cada uno sustenta”.

Flores Magón aclaró que los ideales del Partido Liberal Mexicano eran más avanzados que los de Madero: “Nosotros luchamos por la repartición de tierras; por el mejoramiento social en el interior de las fábricas y de los talleres; por el respeto a los peones; por el exterminio de las tiendas de raya y de la esclavitud en los campos agrícolas.”

Francisco I. Madero, por su parte, sólo señalaba la parte política de su programa, limitándose a

generalizar en lo referente a la situación social y económica del pueblo mexicano, aunque más tarde en el Plan de San Luis, insinuaría algunas conquistas características de todos los programas políticos.

Madero, perdidas las esperanzas de conquistar pacíficamente el poder, convocó a la revolución, y señaló un día: el 20 de noviembre. La junta del Partido Liberal Mexicano, desde Los Ángeles, respondió al llamamiento: todas las fuerzas habían de estar unidas momentáneamente para derrocar al que consideraban como enemigo común: el general Díaz.

V

Cuando la unión de los partidos o de los grupos, o de los hombres, no está inspirada por la comunidad de ideas, la unión sirve solamente para que los débiles dejen todos sus esfuerzos, sus esperanzas y sus anhelos en aras de los fuertes.

Sin abandonar un sólo momento los principios alimentados desde la constitución del Partido Liberal Mexicano, la junta radicada en Los Ángeles, y que en 1910 quedó constituida por Ricardo Flores Magón, Praxedis G. Guerrero, Librado Rivera y Anselmo Figueroa, acordó que todos los miembros del partido que habían organizado grupos armados a lo largo de la frontera de México y Estados Unidos, se dispusieran a entrar a territorio mexicano, formando un frente único momentáneo con las fuerzas maderistas.

Jesús María Rangel

Francisco I. Madero había lanzado desde los Estados Unidos el plan que aparecía firmado en San Luis Potosí. En diferentes partes del país la Revolución había estallado.

El primero que se dispuso a cruzar la frontera fue Praxedis G. Guerrero. Acompañado de Julián Álvarez, Lázaro Alanís, Calixto Guerra Chico, Jesús Ruiz, Prisciliano G. Silva, Luz Mendoza, Rafael Campa y Lázaro Gutiérrez de Lara, y seguido de otros cuarenta hombres perfectamente armados y municionados, Praxedis G. Guerrero cruzó la línea divisoria a unos cuantos kilómetros al norte de Ciudad Juárez.

Guerrero avanzó rápida y silenciosamente a lo largo de la vía férrea que une a Ciudad Juárez con Casas Grandes, destruyendo varios puentes y levantando rieles.

Los liberales detuvieron un tren que conducía armas de Ciudad Juárez a Casas Grandes, apoderándose de más de cien carabinas y tres mil cartuchos.

Tras destruir las comunicaciones, Guerrero dividió a sus fuerzas en dos grupos con el objeto de atacar los pequeños poblados a lo largo de la frontera, dando tiempo a que otros grupos liberales que estaban siendo organizados cruzaran la línea divisoria. Después se dirigiría sobre Casas Grandes, que se encontraba guarnecida por más de trescientos soldados federales.

José C. Valadés

Un grupo integrado por treinta y dos liberales, quedó a las órdenes de Prisciliano G. Silva, quien se dirigió hacia el sur con instrucciones de reunir a todas las partidas de revolucionarios maderistas e invitarlos a cooperar en el ataque a Casas Grandes.

Entre las partidas maderistas que habían de ser invitadas se encontraban las de Pascual Orozco y Francisco Villa.

Los dos grupos de liberales pudieron ser bien armados y pertrechados gracias al primer golpe de audacia dado por Guerrero al capturar el tren que conducía pertrechos a los federales de Casas Grandes.

Antes de dividir a los grupos, Guerrero dispuso que había de usar en todos los combates una bandera roja con la siguiente inscripción: “Tierra y Libertad”, y en el sombrero una franja roja con el mismo lema.

Guerrero, acompañado de cuarenta hombres, avanzó a lo largo de la frontera, con intenciones de caer sobre Janos. No fue sino hasta un mes después de haber pasado a territorio nacional, cuando Guerrero cayó rápidamente sobre Janos.

Los veinte soldados federales que se encontraban de guarnición en la población salieron huyendo al sentir la aproximación de los revolucionarios, quienes ocuparon la plaza el 20 de diciembre.

Jesús María Rangel

Ocupada la plaza, Praxedis Guerrero envió a varios delegados a distintas partes del estado de Chihuahua, buscando el apoyo de otros grupos con el objeto de continuar la campaña hacia el sur.

En los últimos días de diciembre pasaron la frontera más de veinte liberales para unirse a los revolucionarios de Janos.

Mientras tanto, los soldados federales que habían abandonado Janos se dirigieron a Casas Grandes, dando cuenta de la presencia de los liberales y destacándose inmediatamente ciento cincuenta soldados y cincuenta rurales.

Los doscientos hombres cayeron inesperadamente sobre Janos la noche del 20 de diciembre de 1910. Guerrero organizó a sus compañeros, combatiendo durante cuatro horas con desesperación en las calles de la población.

Los liberales, combatiendo a razón de uno contra cinco, se replegaron hacia el lugar donde se encontraban establecidas las oficinas de Guerrero, en la casa del señor Azcárate, persona rica y a quien los revolucionarios habían tomado en calidad de rehén.

A las cuatro de la mañana del día 30 y cuando el pueblo estaba completamente sitiado, los liberales hicieron un supremo esfuerzo, rompieron el cerco y salieron paso a paso, combatiendo, hacia el sur.

Antes quemaron los archivos públicos, recogieron todo el dinero que encontraron a su

José C. Valadés

alcance y se llevaron preso al presidente municipal y a los vecinos ricos.

Al salir de Janos, los liberales eran veinte, veinte más habían quedado muertos en las calles de la población. Entre los muertos se encontraba Praxedis G. Guerrero, cuyo cadáver llevaban sus compañeros.

Praxedis G. Guerrero murió en la azotea de la casa de Azcárate, recibiendo un balazo en el ojo izquierdo, que le salió por el lado derecho de la cabeza, destrozándole el cerebro.

Los liberales se alejaron a dos kilómetros de Janos, sin ser perseguidos por los federales. En la noche regresaron silenciosamente hasta las puertas de Janos, cavando la fosa donde fue sepultado el cadáver de Guerrero, como a doscientos metros de la colonia Fernández. El joven anarquista fue sepultado envuelto en una gran bandera roja.

Los liberales se retiraron al sur del Distrito de Galeana, quedando como jefe del grupo Leonides Vázquez. Dos semanas después se unirían a las fuerzas maderistas que operaban a las órdenes de José de la Luz Blanco.

La revolución maderista continuaba extendiéndose en diferentes partes del país, pero en el norte todas las fuerzas dependían de los grupos liberales animados por los principios del Partido Liberal Mexicano.

Madero permaneció en los Estados Unidos hasta los primeros días de febrero de 1911, hasta que

advertido de que sería aprehendido por el gobierno norteamericano, acusado de violar las leyes de neutralidad, cruzó la frontera el día 14.

Cuando Madero cruzó la frontera sólo veinte hombres armados lo recibieron en territorio mexicano. Parecía casi abandonado y las esperanzas de un triunfo estaban bien lejanas.

El señor Madero llegó a San Agustín y de este punto se dirigió a Guadalupe, Chihuahua, donde se encontraba Prisciliano G. Silva, al frente de más de cien liberales.

Madero envió un propio a Silva, indicándole que había asumido la jefatura de la Revolución, y que sus órdenes habían de ser obedecidas.

Prisciliano G. Silva se presentó, seguido de su gente, a Madero.

Silva y Madero celebraron una conferencia.

—No estoy dispuesto a subordinarme a usted, porque no obedezco órdenes de nadie, soy miembro del Partido Liberal Mexicano y sólo lucharé por los principios sociales de mi Partido —dijo Silva a Madero.

—Pues quedará usted arrestado —respondió Madero.

—No, señor, yo tengo aquí a mis compañeros y daré órdenes para que lo aprehendan a usted porque es el representante del partido burgués.

Mientras tanto, Lázaro Gutiérrez de Lara se había dirigido a las fuerzas de Silva, pronunciando un violento discurso contra la dictadura del general

Díaz y pidiendo que los insurrectos reconocieran a Madero como jefe.

Los revolucionarios aceptaron la proposición de Gutiérrez de Lara, y cuando Silva rompió la plática con Madero para pedir a sus compañeros la captura del jefe de la revolución, pudo descubrir que la mayor parte de sus fuerzas lo habían desconocido y así fue como quedó prisionero de los maderistas.

La unidad predicada desde Los Ángeles por Ricardo Flores Magón había quedado rota. A partir de ese momento, la junta del Partido Liberal Mexicano abrió la más violenta campaña contra el maderismo.

Los grupos llamados en aquel entonces magonistas, en su mayoría se unieron definitivamente al maderismo, aunque un buen número de liberales continuó la lucha independientemente.

El grupo dirigido por Lázaro Alanís sostuvo un combate cerca de San Buenaventura con los federales, derrotándolos completamente y haciéndoles cincuenta bajas, pereciendo el capitán federal Ortiz y siendo capturados el teniente Escobedo y el subteniente Mejía.

Alanís sostuvo un segundo combate en el cerro de la Cantera con el 18 batallón. Los federales fueron derrotados. En esta acción tomaron parte más de cien maderistas, junto con los cien liberales a las órdenes de Alanís.

Jesús María Rangel

Todos los hombres que habían cruzado la frontera a lado de Guerrero pasaron a las filas maderistas, perdiendo el magonismo toda la fuerza organizada que había tenido hasta fines de 1910 en el norte del país.

Jesús M. Rangel, quien se encontraba preso en la penitenciaría federal de Leavenworth desde mediados de 1909, acusado de haber violado las leyes de neutralidad, salió en libertad a fines de abril de 1911.

Apenas salió de la prisión, Rangel partió para Los Ángeles con el objeto de celebrar una conferencia con Ricardo Flores Magón y los miembros de la junta del Partido Liberal.

Llegó Rangel a Los Ángeles en los primeros días de mayo. Después de saludarlo afectuosamente, Flores Magón le dijo con energía:

—Compañero, ¿ha leído usted Regeneración con regularidad?

—Sí, compañero.

—Y ¿está usted conforme con que la principal mira de la Revolución Mexicana debe ser la inmediata entrega de la tierra a los campesinos?

—Estoy, y creo que si algo hay que quitar o poner eso ya será cosa de la comunidad.

—Bueno, yo deseaba saber si usted era de los nuestros, porque muchos se han dejado arrebatar del triunfo de Madero, olvidando que cuando el Partido Liberal se lanzó a la lucha no fue solamente para derrocar a Porfirio Díaz, sino para conquistar

José C. Valadés

la tierra para los campesinos. Si esa conquista no se realiza, la revolución estará perdida y sabemos que sólo el Partido Liberal puede llevar a cabo esa aspiración, porque Madero no sólo es terrateniente, sino que representa a un partido que será siempre enemigo de los pobres. Ya lo he dicho: Madero quiere el poder, el Partido Liberal quiere el bienestar y la libertad para todos. ¿Continuará usted luchando por nuestros principios?

—Se lo aseguro.

—Muy bien, y nuestra lucha debe ser única: necesitamos tomar la tierra —terminó diciendo con énfasis Ricardo.

Y después de esta plática con Flores Magón, fue celebrada una conferencia a la que asistieron Librado Rivera, Anselmo Figueroa y Enrique y Ricardo Flores Magón, en la cual se trató la forma de organizar nuevos grupos para combatir al régimen de Madero, que acababa de quedar instaurado como consecuencia de los tratados de Ciudad Juárez.

Dos días después, Rangel salía de Los Ángeles, con destino a El Paso, llevando una carta dirigida a Prisciliano G. Silva.

Al despedirse de Rangel, Flores Magón le dijo:

—Compañero, póngase de acuerdo con el compañero Silva y apoyado en los puntos esenciales de nuestra conversación, soy de parecer que en la campaña sea usted reconocido como segundo de Prisciliano. ¿Le parece a usted?

Jesús María Rangel

En El Paso, Rangel celebró una conferencia con Silva, a la que asistieron Lázaro Alanís, José Inés Salazar, C. Acosta y J. Saavedra.

Durante la conferencia, Silva relató el incidente con Madero y le platicó de la manera como había muerto Praxedis G. Guerrero y de la forma como el jefe de la revolución había aprovechado todos los elementos magonistas en la lucha contra el gobierno porfirista.

Ahí mismo quedó concertada la forma para entrar nuevamente a territorio mexicano a iniciar la revolución contra el maderismo.

Silva explicó que la guarnición de Ojinaga, Chihuahua, estaba integrada en su mayoría por elementos liberales, y que sería dado un golpe para apoderarse de la plaza, estableciendo ahí el cuartel general de operaciones.

El golpe debería ser dado el 21 ó el 24 de junio, reuniéndose todos los liberales en un punto llamado Boquilla, desde donde avanzarían a Ojinaga.

El día 22 de junio en la mañana, Silva, Rangel y otros cuatro individuos se reunieron en el lado americano cerca de Boquilla, y después de caminar cuatro horas cruzaron el río y entraron a territorio de México.

Inés Salazar, que se había adelantado al grupo al frente de diez hombres, encontró a Rangel y a Silva, indicándoles que había sido recibido hostilmente en Boquilla, pero ya todos reunidos

José C. Valadés

avanzaron nuevamente ocupando pacíficamente este poblado.

De inmediato ordenó Silva que una pareja de liberales hiciera una exploración por los contornos del pueblo, esperando la oportunidad de movilizarse sobre Ojinaga, donde el movimiento estaba siendo secretamente preparado.

Mientras tanto, y con el objeto de evitar una sorpresa, alrededor de Boquilla fueron rápidamente construidas unas trincheras, cooperando todos los campesinos de la región. Sobre la trinchera central fue izada la bandera roja en la que se leía la inscripción de "Tierra y Libertad".

El día 23 en la tarde, y esperando que esa misma noche los liberales de Ojinaga dieran el golpe, Silva y Rangel avanzaron hasta San Antonio. Pero al llegar a San Antonio fueron informados por varios liberales que la conspiración de Ojinaga había sido descubierta en la mañana y que José de la Cruz Sánchez, al saber la presencia de los nuevos revolucionarios, avanzaba sobre Boquilla al frente de fuerzas de caballería.

Los liberales se retiraron a Boquilla, dispuestos a hacer resistencia.

En la madrugada del 24, Silva fue advertido de la proximidad de las fuerzas maderistas a las órdenes de Cruz Sánchez. Los dieciséis liberales, perfectamente parapetados esperaron el momento del combate.

Jesús María Rangel

Los maderistas aparecieron frente a Boquilla a las seis de la mañana, lanzándose impetuosamente sobre las trincheras, pero fueron rechazados con grandes pérdidas. Una hora después llevaban a cabo una nueva carga, pero fueron igualmente rechazados, dejando tres prisioneros, que fueron libertados momentos después por Inés Salazar.

La situación era apremiante y en la noche los liberales celebraron una conferencia en la que determinaron que Silva saliera urgentemente hacia El Paso con el objeto de traer elementos.

Al día siguiente, a las siete de la mañana, Sánchez abrió nuevamente fuego sobre los liberales; pero éstos se defendieron con todo valor hasta las dos de la tarde, cuando el jefe maderista izó bandera blanca pidiendo entrar en pláticas con los revolucionarios.

Por medio de un enviado, el jefe maderista invitó a Rangel a celebrar una conferencia a la mitad de la distancia que separaba a las fuerzas contendientes.

Rangel aceptó y avanzó seguido de dos compañeros hasta más de doscientos metros. Sánchez avanzó también.

Pero en un momento, Sánchez regresó a todo correr hasta donde estaba su gente, disparando sobre los liberales.

Fue así como se reanudó el combate. Cuarenta y ocho horas más se combatió casi día y noche. Los liberales comían y dormían en las trincheras.

José C. Valadés

Sin embargo, la situación se hizo insostenible y empezaba a escasear el parque, cuando Rangel dispuso hacer un supremo esfuerzo: romper el sitio.

Reuniendo a los quince compañeros y ya entrada la noche del 27, los liberales salieron victoriosamente de Boquilla y caminando veinticuatro horas seguidas, llegaron a Pilares el día 28.

En Pilares, Rangel encontró a un grupo de liberales que acababa de cruzar la frontera y que marchaba en su auxilio, pero al saber que José de la Cruz Sánchez lo seguía con nuevos refuerzos, continuó la marcha hasta La Parrita, en plena Sierra Madre.

Los liberales se acantonaron ahí en espera de refuerzos y de pertrechos de guerra.

VI

Cuatro días permanecieron los liberales en La Parrita, disponiendo Jesús M. Rangel la salida de Inés Salazar hacia Banderas, donde había de reunirse con Prisciliano G. Silva, quien se encontraba organizando nuevos grupos revolucionarios.

Salazar se había comprometido a informar un día después del resultado de su misión, pero en vista de que no rendía informe alguno, Rangel salió hacia Banderas, donde supo que Salazar había cruzado la frontera americana, seguido de toda su gente.

Jesús María Rangel

Rangel se dirigió hacia el lugar donde estaban los miembros de la guerrilla de Salazar, convenciéndolos de que regresaran a territorio mexicano.

Organizadas nuevamente las fuerzas liberales y concentradas en Banderas se continuó la marcha hacia El Paso de Santa María, Chihuahua, donde se esperaban nuevos contingentes.

El liberal Juan Luján servía de guía a los expedicionarios, quienes el primer día de marcha pernoctaron en la Cueva del Fraile.

En la Cueva del Fraile, Rangel recibió por medio de un propio, una nota de Salazar, anunciando que marchaba hacia El Paso, Texas, y que no era posible continuar la lucha en la frontera debido a la extrema vigilancia de la policía americana.

Los acompañantes de Rangel, al tener conocimiento de la actividad de Salazar, lanzaron mueras al que consideraban desertor al mismo tiempo que vitoreaban al Partido Liberal.

—Compañeros —dijo Rangel a los miembros de la expedición—, ya hemos tenido el primer desertor. Los que estén de acuerdo con Salazar, pueden abandonarnos inmediatamente; los que permanezcan aquí deben jurar que están dispuestos a continuar la lucha por los principios del Partido Liberal.

—¡Todos! —gritaron los miembros del grupo—, ¡Viva el Partido Liberal Mexicano!

José C. Valadés

Atravesando la sierra, los liberales llegaron a Guzmán, Chihuahua, y Rangel llamó a sus amigos disponiendo los planes para caer de sorpresa sobre El Sabinal, donde se encontraba un destacamento federal.

Formulados los planes, los liberales caminaron durante la noche y antes de las cinco de la mañana del siguiente día, caían de sorpresa sobre el cuartel de rurales, donde fácilmente fueron capturados y desarmados diez de ellos.

Fue en El Sabinal donde los principios del Partido Liberal Mexicano fueron llevados a la práctica. Un niño fue comisionado para que izara una bandera roja con una inscripción que decía “Tierra y Libertad”, sobre el asta del edificio de la escuela pública; cientos de proclamas firmadas por la junta del Partido Liberal fueron repartidas; Rangel llamó al pueblo a un mítin explicando que a partir de ese momento las tiendas quedaban a disposición del pueblo; los maestros de escuela fueron instruidos para que cobraran, además de sus sueldos, los que percibían las autoridades municipales, y en la plaza fueron quemados los archivos de las oficinas públicas.

Más de diez trabajadores se unieron a la columna, la que horas más tarde avanzó hacia Asunción.

Después de varias horas de marcha, los revolucionarios pernoctaron en una hacienda cercana al lugar que había de ser atacado al día siguiente.

Jesús María Rangel

Pero antes de descansar, los liberales llevaron a cabo un baile, que terminó hasta momentos antes de proseguir el camino hacia Asunción.

La plaza fue tomada por sorpresa, cayendo en poder de los revolucionarios los pocos rurales que la guarnecían.

Conforme a la instrucción de la junta del Partido Liberal, Jesús Rangel convocó a los miembros del Ayuntamiento a una reunión durante la cual expuso que a partir de ese momento, todos los municipales quedaban cesados, ya que se llegaba al día del establecimiento de un nuevo orden de cosas.

Al mismo tiempo, fueron quemados los archivos de las oficinas públicas, izada la bandera roja y proclamado el derecho para que todos los habitantes de la población se surtieran libremente en las tiendas de comestibles.

Dos días después, la columna revolucionaria avanzó hacia Colonia Dublán. Las avanzadas siguieron hacia Palomas hasta tomar contacto con las avanzadas de los maderistas, replegándose hasta el grueso de la columna después de un ligero tiroteo con los federales.

Rangel estableció su cuartel general en un paraje a ocho kilómetros al sur de Palomas, mientras que Antonio Seara, ayudado por varios insurgentes, fabricaba más de doscientas bombas de dinamita.

En veinticuatro horas los revolucionarios, provistos de las bombas y perfectamente armados y

José C. Valadés

municionados, se dispusieron al asalto de Palomas, esperando dar un alzado.

Poco después de las cuatro de la mañana, los revolucionarios burlaron la vigilancia de las avanzadas federales y cayeron sobre Palomas. Los defensores de Palomas, en su mayoría, fueron sorprendidos mientras que otra parte cruzaba rápidamente la frontera.

Un día permanecieron los liberales en la población fronteriza, saliendo al siguiente para El Carrizal, a 40 kilómetros al suroeste de Palomas, lugar que Rangel consideró como el más propio para esperar refuerzos y municiones de los grupos magonistas del sur de Texas.

Inesperadamente cayeron los insurgentes en El Carrizal, y Rangel convocó a los peones que prestaban sus servicios a una compañía guayulera, leyéndoles el programa del Partido Liberal. Más de veinte peones se adhirieron espontáneamente al movimiento, pidiendo armas y parque.

Al día siguiente, y cuando la columna iba a salir de El Carrizal, los liberales que marchaban de avanzada, informaron que se acercaba el enemigo.

Rápidamente Rangel dio las órdenes para la defensa del pueblo, ocupando la entrada de la plaza Eugenio Alzalde, mientras que él, al frente de la mayor parte de los revolucionarios pretendió ocupar una loma, pero se vio envuelto por un rápido asalto de los federales.

Jesús María Rangel

Rangel tuvo que retirarse hasta las puertas del rancho, donde fue herido en la cabeza.

Antonio Seara se encargó de la dirección del combate, deteniendo una furiosa carga de caballería dada por los federales por el lado sur de la población. En compañía de diez liberales, solamente con bombas de dinamita, lograron causar estragos en las filas del enemigo.

Durante siete horas combatieron federales y liberales en El Carrizal. Ya entrada la noche, los federales suspendieron el fuego, retirándose a varios kilómetros al sur del poblado.

Cuando el combate se encontraba en todo su apogeo, Prisciliano G. Silva llegó hasta varios kilómetros de donde se luchaba, y en lugar de tomar parte en la acción, permaneció observando.

Al terminar la lucha, Silva se presentó a Rangel, mostrándole una carta firmada por Ricardo Flores Magón, en la que comunicaba un acuerdo de la junta del Partido Liberal, para que la lucha contra el nuevo régimen, que provisionalmente encabezaba Francisco León de la Barra, fuera activada.

Silva y Rangel, y después de que éste recibió la primera curación de las heridas que tenía, optaron por abandonar El Carrizal para continuar con rumbo a Villa Ahumada.

Poco habían caminado los insurgentes, cuando un individuo los alcanzó, entregando a Rangel una

José C. Valadés

carta firmada por Inés Salazar, quien pedía que se le esperara para comunicar noticias importantes.

Los insurgentes detuvieron la marcha para esperar a Salazar, no sin antes discutir si había de ser aprehendido y castigado por traidor al Partido Liberal o si sólo había de ser expulsado de las filas revolucionarias.

Durante la discusión, Ángel Salazar, hermano de Inés, dijo:

—Compañeros: por los últimos movimientos de mi hermano, comprendo que ha traicionado nuestra causa, pero si él se va, yo me quedo, porque antes de ser soldado he sido y soy magonista. Si ustedes lo quieren fusilar por traidor, sólo les pido que no tomen mi voto; yo respetaré su decisión.

Las palabras de Ángel Salazar causaron gran impresión, resolviendo los liberales respetar la vida a Salazar, aunque sí expulsarlo de las filas revolucionarias.

Varias horas después llegó Inés Salazar, y dirigiéndose a Rangel, le dijo:

—Compañero Rangel, estoy convencido de que yo no sirvo para revolucionario. Con toda franqueza le diré que sigo siendo magonista, pero que he resuelto sentar plaza en el ejército federal. Sólo he venido aquí para jurarles que jamás dispararé un tiro contra ustedes y para pedirles en nombre del jefe de la guarnición de Ciudad Juárez, que depongan las armas en bien de la paz del país. Si usted considera

que he cometido una traición y que he de pagarla con mi vida, puede, sin embargo, disponer de mí.

—Salazar, ya hemos discutido su caso; puede usted marchar, haga usted lo que guste, nosotros no somos matones de profesión —respondió Rangel con energía.

Salazar se acercó a su hermano, a quien abrazó fuertemente, y montando a caballo abandonó rápidamente el campamento rebelde.

Mientras tanto, el gobierno de México organizaba una verdadera expedición contra los liberales, formando nuevos cuerpos rurales y pidiendo la ayuda de todos los hacendados.

Hubo momentos en que los liberales se vieron asediados y perseguidos hora tras hora por los federales.

Marchando de un lugar a otro con el objeto de dar un golpe seguro sin sufrir descalabro, los liberales llegaron a la hacienda El Cuervo Grande, donde celebraron una reunión, en la cual acordaron dividir la columna en varias guerrillas que deberían operar simultáneamente en el estado de Chihuahua, hasta lograr formar un núcleo fuerte capaz de caer sobre las plazas de importancia.

Organizados los grupos, Rangel y Silva se dirigieron hacia la frontera de los Estados Unidos, con el objeto de tratar de pasar armas y parque a territorio mexicano, y hasta llegar a un rancho llamado Papalotes.

Cuando los liberales se encontraban en Papalotes descansando, fueron sorprendidos por los rurales, quienes les ordenaron rendición poniéndoles las carabinas en el pecho.

Fue así como Rangel, Eugenio Anzalde, Prisciliano G. Silva, Antonio Seara y ocho liberales más quedaron presos.

Los detenidos fueron conducidos a Villa Ahumada, y de esta población a Ciudad Juárez.

Cerca de una semana permanecieron los detenidos en Ciudad Juárez, hasta que el gobierno federal ordenó que fueran remitidos a la Ciudad de México.

Cuando los presos eran conducidos a la capital de la república, y al pasar por la ciudad de Chihuahua, los generales Francisco Villa y Raúl Madero, subieron al tren.

Villa, momentos después se acercaba a Rangel y socarronamente dijo:

—¿Conque te quedaron ganas de ‘peliar’? ¿Eh, amiguito?

—Como que los principios de la revolución no han triunfado —respondió Rangel.

—¿Quién dice que no?

—El Partido Liberal Mexicano.

Villa dio la media vuelta riendo, aunque más tarde se volvió al asiento ocupado por Rangel y le dijo:

—Hasta luego, amiguito, ya llegué a Santa Eulalia y ya sabes que aquí tengo de siete

a ochocientos hombres, dispuestos al pleito —y el guerrillero más famoso de México sonrió maliciosamente.

VII

La captura de Rangel y de los principales insurgentes pareció dar fin al movimiento del Partido Liberal Mexicano contra el régimen maderista.

Sólo Ricardo Flores Magón y los miembros de la junta del Partido, radicada en Los Ángeles continuaban.

“La Revolución Mexicana no ha terminado; ha empezado”, escribió Ricardo Flores Magón en *Regeneración*, y al mismo tiempo lanzaba el manifiesto fechado el 23 de diciembre de 1911 y suscrito además por Enrique Flores Magón, por Librado Rivera, Anselmo L. Figueroa y Antonio de P. Araujo.

Durante 1912 y los primeros meses de 1913, varios grupos revolucionarios, afiliados al Partido Liberal, intentaron continuar la lucha en territorio mexicano, organizando grupos en los Estados Unidos.

La lucha, sin embargo, fue débil y los grupos, casi vencidos materialmente, regresaban a los Estados Unidos.

Jesús M. Rangel, permaneció preso en la Ciudad de México durante un año y al obtener su

libertad regresó a los Estados Unidos, dispuesto a organizar una nueva expedición.

Varios meses trabajó Rangel nuevamente a lo largo de la frontera de Texas, organizando a los liberales, hasta el 11 de septiembre de 1913, cuando después de reunir a todos sus compañeros en un punto llamado Capones Wind Mills, cerca de Carrizo Springs, Texas, y cuando armados y municionados se dirigían a territorio mexicano, fueron sorprendidos por un grupo de *rangers* texanos, con los que trabaron un combate.

Rangel y los principales compañeros del grupo fueron capturados y después de un severísimo juicio abierto por las autoridades americanas, fueron condenados a largos años de prisión, parte de los cuales purgaron en la penitenciaría del Estado de Texas.

José Cayetano Valadés. Nació con el siglo, en 1901, en el puerto de Mazatlán , Sinaloa. Murió en 1976. De su obra, cabe mencionar: *El socialismo libertario mexicano: siglo XIX, Historia general de la Revolución Mexicana, El porfirismo: historia de un régimen, Imaginación y Realidad de Madero, Las caballerías de la Revolución, Santa Anna y la guerra de Texas, Biografía de Lucas Alamán.*

En el archivo de José Cayetano Valadés, que conserva su hijo Diego, se encontraban enterrados algunos reportajes claves para la reconstrucción de la historia de la revolución magonista. Entre ellos, éste sobre Rangel, “el brazo armado” del Partido Liberal Mexicano.

Valadés había trabajado sobre las memorias del viejo revolucionario, escritas en la penitenciaría de Texas en 1929 mientras purgaba una condena de 99 años de prisión. El reportaje, pues, contaba con una base documental fundamental, desconocida por los historiadores. Una primera versión del texto fue editado en la década de los 30 en un diario en español publicado en Estados Unidos, pero esta versión íntegra permaneció inédita.

El texto original fue revisado por el historiador Jacinto Barreda.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en
el mes de Marzo del año 2010.

El tiraje fue de 1500 ejemplares para su
distribución gratuita y es cortesía del Partido de
la Revolución Democrática (PRD) del Distrito
Federal y la Brigada Cultural “Para Leer en
Libertad”.

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.